

El colibrí de las alas rotas

Resumen:

En la sierra de Chiribiquete vivía un joven colibrí llamado Huenu, miembro de una tribu que permanecía dividida entre dos mundos: el de los humanos y el de las aves, a causa de esto la oscuridad de la guerra se cernió sobre ellos, Huenu fue condenado a crecer cargando con el peso de la discordia y las noches de incertidumbre, soñando con algún día recuperar sus alas, su libertad y su paz.

La imponente sierra de Chiribiquete se levantaba imponente en el paisaje y Huenu extendía sus alas esmeralda hacia el sol, sintiendo como el calor las coloreaba, rodeaba con entusiasmo los altos y sabios árboles que lo saludaban al pasar, pero él quería volar más alto, las nubes lo llamaban y el aleteo de sus alas vibraba con euforia, su corazón comenzó a latir con fuerza y la adrenalina recorrió su cuerpo, tomó impulso para sentir la brisa en sus plumas, subió y subió cada vez más hasta ver toda el bosque tropical extendiéndose a su alrededor, escuchó atentamente los susurros de las flores crecer y las gotas deslizarse en las hojas, Huenu se embriagó de libertad y pudo escuchar el sonido de las almas que aguardaba la maleza, el azul del cielo lo acarició y danzó en las alturas; inesperadamente algo vino hacia él con rapidez y lo empujó con fuerza hacia la superficie, cuando abrió los ojos pudo observar frente suyo a su padre que lo observaba con una mirada severa y disgustada.

Su padre más de una vez al día le expresaba que no era apropiado que el hijo del líder de la tribu anduviera revoloteando como loco y exhibiéndose en medio de una guerra, le recriminaba que su lugar ahora no era el cielo, su tierra estaba manchada de sangre y por lo tanto él debía mantenerse plantado al suelo; cada vez que lo repetía Huenu sentía que no tenía alas, por más que permanecieran arraigadas a su espalda, parecía que estuvieran atadas, que estuvieran rotas.

Desde muy pequeño Huenu conocía la historia de su tribu, su padre se la narró mientras estaban sentados alrededor de una fogata, y durante toda la historia le pidió que cerrara los ojos y se concentrara en el rugir de las llamas, ya que aseguraba que ellos guardaban una relación muy estrecha con esta, algo que Huenu aún no había comprendido del todo. Condenada a vivir aislada en lo más remoto del bosque su tribu vigilaba la sierra, los dioses les habían otorgado el don de cambiar de forma y obtener el poder de transformarse de colibrís a

humanos y viceversa, siendo los encargados de velar por la sierra, pero su padre siempre le recordaba que primero fue ave que humano, por esta razón no podían envenenarse de la influenciada alma del hombre que había en ellos, ya que todo viene con un precio, como evidencia de esto miles de colibrís se habían vuelto más humanos, dejando su forma inicial, corrompiéndose; separándose de su espíritu salvaje comenzaron a cazar y a abusar de su hogar, sintiéndose superiores, cegados por la codicia y el poder comenzaron a empujar a los demás a abandonar su espíritu, y uno por uno se fueron convirtiendo sacos de carne y hueso, vacíos, olvidándose de sus raíces y destruyendo su propia procedencia, esto provocó que se formaran dos bandos y desde ese entonces la tribu se había separado, aves y humanos se habían declarado la guerra, la naturaleza se había fragmentado.

Más de una vez escucho a su padre en medio de sus oraciones preguntarle a los dioses por que los habían castigado de esta forma, puesto que Huenu había nacido en medio de la guerra, envuelto en un halo de oscuridad y a veces le causaba intriga imaginar cómo era la sierra en armonía, con el punto de equilibrio que ya se había roto, por esta razón cuando sentía sus pies tocar el suelo tenía la sensación de que no eran suyos, que eran las piernas de un monstruo que lo perseguía en la oscuridad; él solo quería vivir para siempre en las alturas, alcanzar las estrellas y explorar el universo, pero siempre las pesadillas y el caos lo arrastraban, lo hundían como una gran tormenta y lo obligaban a pelear en una batalla vacía y vaga de sentido que ni siquiera le pertenecía, por esta razón nunca miraba su reflejo en el lago cuando adquiría su forma humana, temía ver la maldad que había allí y que lo absorbiera, la misma maldad que se había tragado a su hermano, y lo había encadenado a la crueldad.

Los rayos de sol se filtraban en el bosque, los pasos de los humanos resonaban entre la vegetación, cargaban sus lanzas y varios árboles recién talados, los animales se escondían con terror al verlos pasar y la mirada rota de su padre los observaba pasar desolado, Huenu no soportaba más aquella escena, salto del árbol en el que estaba posado y aterrizó en el suelo, levantó la mirada y sus ojos esmeralda se impusieron en el camino de los humanos, no se inmuto, y plantó sus pies en la tierra, aunque odiaba la sensación, trató de ignorar los gritos de su padre y pudo sentir como la sangre le hervía al observar las pieles de animal que traían sobre sus hombros.

- ¿Por qué? - Fueron las únicas palabras que Huenu pronunció, su voz ronca estaba llena de desconcierto.

Al instante todos los humanos apuntaron con sus armas hacia él, todos los guardias lo escoltaron, pero Huenu no quito ni por un instante la mirada en su hermano, se veía como un fantasma, gris, con la mirada inyectada en sangre y el alma acribillada de violencia, el duelo de miradas se termino cuando su padre intervino.

-Huenu, no olvides el pacto.

El pacto a veces no dejaba dormir a Huenu en las noches, consistía en que los humanos podían hacer todo lo que quisieran en la sierra con la condición de que no hirieran ni se metieran con ninguno de la tribu, era terriblemente injusto que el estuviera allí protegido como una doncella en la torre de un castillo mientras las demás especies eran asesinadas y abusadas. No lo iba a permitir ni un minuto más.

-El pacto solo es una forma de negar la realidad, acepta que nos están haciendo caer uno por uno, han convertido este lugar en un auténtico valle de la muerte, solo quedan vestigios de lo que solía ser, es claro que aquí no hay lugar para los dos, Nahuel.

Su hermano ni siquiera reacciono cuando pronuncio su nombre de origen, siguió allí clavado, como un demonio descolorido y perdido, lo que provoco que una lagrima recorriera lentamente la mejilla de Huenu.

Su padre poso suavemente la mano en el hombro de Huenu, con una peculiar serenidad.

-Hijo, antes de comenzar una guerra debes pensar muy bien la razón por la que estas peleando.

- Se muy bien por lo que estoy luchando- Dicho esto, Huenu cambio de forma, extendió sus alas y se lanzó al cielo.

Voló por encima de la sierra con las mejillas aun húmedas, batía las alas con fuerza y enojo para sentir que estaban allí, para ignorar que estaban rotas, que ellos las habían roto; por debajo de él había una pequeña cueva en lo alto de la sierra y aterrizo allí, volviendo a su forma humana, era un lugar oscuro y desconocida para él, era fría y el eco de sus pasos resonaban por todo el lugar como si fuera un fantasma, pero le transmitió la paz que no había albergado en si mismo durante mucho tiempo, Huenu se quedó un rato allí de pie mirando al vacío, apretando los puños, su pecho estaba oprimido y cuando menos lo pensó

comenzó a gritar, trayendo a sus cuerdas vocales toda la frustración y la impotencia que aguardaba en su joven espíritu, dejó salir toda la incertidumbre y el terror, trayendo a su mente las imágenes de su infancia llena de batallas, escondido tras los árboles, implorando por silencio, ahora él estaba irrumpiendo el silencio de aquel misterioso lugar, como si él fuera la misma guerra, insana y demente que arrasaba con el bosque.

El aire en sus pulmones se agotó, cuando terminó de gritar se encontraba de rodillas, jadeando y de repente se sintió liviano como el viento, observó sus manos humanas, por primera vez en su vida no sintió repugnancia hacia ellas, se acercó a un charco de agua cercano y observó su reflejo como si se tratara de un desconocido, observó con detenimiento sus rasgos, sus ojos rasgados y su piel morena, sus labios rosados y su cabello revuelto, de aspecto feroz y salvaje; sonrió hacia aquel desconocido enfrente a él y extendió el dedo hacia un lado del charco donde unto sus manos de lodo, y observó las paredes de la cueva con un brillo en los ojos, sin pensarlo dos veces dejó que los dedos recorrieran la piedra, bailaron al compás de su desolación, Huenu cerró los ojos y pensó en sus hermanos, en su tribu, en su padre, en el canto de los pájaros y el rugir de los jaguares, en el aleteo de las mariposas y el croar de las ranas, el reptar de las serpientes, en el crujido de las ramas y la mirada sabia de los venados, pero también visualizó la vegetación marchitada, el filo de las lanzas, la sangre que coloreaba sus puntas, observó las flores arrancadas y el lamentar de los árboles.

Imaginó también el fuego, las silenciosas y serenas llamas que ondeaban en una pequeña y gentil fogata, resistiendo a pesar del frío y el viento que trataban de apagarla, seguía ardiendo allí conservando su calor y luz, rugiendo con fuerza, resguardando su poder, su origen, sus cenizas, tal y como lo había hecho su tribu durante tanto tiempo, sonrió al recordar aquella noche donde cerró los ojos y escuchó atentamente el fuego junto a su padre, no estaba tan deschavetado después de todo. A medida que su mente se iba llenando de estos colores una historia se estampaba en la piedra y en las paredes nacían miles de figuras.

Cuando Huenu abrió los ojos un paisaje se extendió frente suyo, el lodo fresco retrataba su hogar, su verdadero hogar, el que siempre debió haber sido, con melancolía observó las imágenes que representaban a su padre y a su hermano, dos colibrís libres que volaban hacia el sol y se miró a sí mismo volando con ellos, sin las alas rotas, ya no eran invisibles, ya no estaban atadas. Contempló el anhelo que transmitían las pinturas y supo que aquel anhelo brotó de su pecho, por que nunca dejó que se desvaneciera dentro de él.

La leyenda dice que Huenu permaneció en aquella cueva, día tras día, año tras año, siglo tras siglo, observando el mundo cantar, arder, bailar, llorar, gritar y estremecerse, creando mas pinturas y esperando a que algún día el mundo fuera similar a ellas, imaginando que él podía con sus dedos reconstruir el paisaje de la sierra, sin embargo las batallas siguieron, una seguida de la otra, a veces muy distintas, otras muy parecidas, algunos llegaron con fusiles en vez de lanzas, pero el origen siempre era el mismo, la inconsciencia, la mayor enemiga de la humanidad, a pesar de esto Huenu permanece como un guardián en lo mas alto de la sierra, protegiéndola y recorriendo con sus coloridas alas el cielo que siempre amó.